mueca agria que una ligera sonrisa, un trazo violento que, por ejemplo, la línea natural y elegante, un tanto al modo inglés, del estilo de Marichalar. ¿No ha sido precisamente Oscar Wilde quien ha dicho—y Marichalar quien lo ha recogido—que la crítica es autobiografía?

Al nuevo crítico no le interesa ni escribir anuncios, ni emitir fallos. Pretende plantear su *modo de ver* (que no es más que un *modo de ser*); pero sin tener, como diría Stendhal, ningún deber de mirar para ir informando. De una y otra manera el crítico de antes dejaba pasar la atención del público a través de sí, para que íntegramente llegara al creador. El crítico de hoy, es cierto que con más inmodestia, pero con más valor, llama al público a sí, juzga para ser juzgado, se coloca frente a los demás, quiere hacer gravitar toda la atención hacia él y lo criticado no es sino un pretexto.

Se ha suprimido la separación entre las artes de escribir. El historiador, el crítico, el creador, quieren decir la misma cosa, quieren irse silabeando a sí mismos, y no hay más que una diferencia, de ordinario por razones temperamentales y de formación cultural, en cuanto al método. La mejor parte del interés de una obra crítica empieza y acaba en el crítico. El crítico lleva hoy una vida literaria directa, originaria, de primer grado. No hay que olvidar que el buen crítico actual es también un creador.—*JOSE ANTONIO MARA-*

Juan Dantín Cereceda 222-230

Teléfono 11944. Madrid.

Año XI N.° CXIX

Revista de Occidente

Director:

José Ortega y Gasset



UNIVERSITY OF CALIFORNIA AT LOS ANGELES AUG 8 1933 LIBRARY

Sumario

J. Ebbinghaus: *Sobre los progresos de la metafísica* * Howard Scott: *Indagaciones sobre la naturaleza de la crisis actual* * Medina Azara: *La cuna ibérica de los hebreos* * Fernando Vela: *Eugenesia y racismo.*

NOTAS.—Juan Dantín Cereceda: *Antes del parto, en el parto y después del parto* * Guillermo de Torre: *Un falso balance del arte nuevo.*

Viñeta de Ontañón.

Precio: 3,50 Madrid Mayo 1933

Notas

... Antes del parto, en el parto y después del parto ...*

PARA nosotros, hombres civilizados y de costumbres monogámicas—todo es preciso tenerlo en cuenta—, pocos momentos aventajan en emoción a aquel magnífico en que, en la convivencia amorosa matrimonial, la esposa dehisce y da a luz otro cuerpo vivo. Empero nosotros, espectadores del caso desde nuestra especial postura de varón y aparte de contemplar la escena de los dolores físicos acompañantes, ignoramos todavía las sensaciones inefables en que la madre debe anegarse en tanto se escinde y fructifica en carne de su carne, ofreciendo al mundo el presente de su nuevo hijo. Sólo sí sabemos que, entonces, suspensos ante sendas inéditas y temerosos del extravío, hacemos el primer alto reflexivo de nuestra vida.

El alumbramiento de la mujer civilizada, dice Casas, ha perdido mucho de su intenso y primitivo dramatismo. La casi seguridad de un feliz desenlace infunde resignación a la paciente, contribuyendo a rebajar las angustias del momento. No obstante, la parturienta se prepara con precaución y recelo

* A propósito del libro de Enrique Casas *Creencias, costumbres y supersticiones relacionadas con el nacimiento*. 204 páginas, numerosos grabados. Madrid, Editorial Páez, 1932.

para esta bella y solemne dehiscencia de su maternidad, y por razón de un atavismo psicológico que la nueva fe en la ciencia obstétrica no ha desvanecido del todo, resume las viejas supersticiones.

Todavía no hace un siglo el drama del parto terminaba tan reiteradamente con la muerte de la madre que era regla general confesarla y comulgarla al principio de sus trabajos como si se encontrase *in articulo mortis*. (No sabemos la opinión del gran Arnald, el autor *De la frequente comunion*, sobre la oportunidad en tales instantes—sin previa conversión interior y sin la debida contrición del corazón—de administrar lo que era para su espíritu recto y austero de más respetable de los sacramentos. Ignoramos igualmente la opinión de San Carlos Borromeo, el restaurador de la penitencia, ante el abuso, a sus ojos deplorable, de las confesiones imperfectas, de las absoluciones precipitadas.)

En 1842 morían en la clínica vienesa de Smelweis el 31 por 100, ¡la tercera parte! de las paridas, y se debe a los trabajos del citado clínico genial la disminución de la mortalidad al 1 por 200, según estadísticas de Fuhrmann de 1916, referidas a Alemania. Por tales datos podrá colegirse cuán alta podrá ser la mortalidad obstétrica en las mujeres de los pueblos primitivos y salvajes, desconocedores de las maniobras de la versión fetal, y del empleo de la pituitrina, del forceps, de la cesárea, etc. Así se explica toda la riqueza del escenario de intenso terror con que la parturienta primitiva ha rodeado una función de normal fisiología.

Se sabe que los primitivos y salvajes creen—como muchas personas aparentemente civilizadas—en la omnipresencia de espíritus malignos o demonios. Montañas, peñas, ríos, árboles, están poblados por seres malévolos y enredadores, invisibles para todo el mundo, que únicamente los médicos y los magos sorprenden y combaten. Tales espíritus malvados cercan al hombre, penetran en el interior de su cuerpo, le suspenden o roban la salud y son los supuestos tramoyistas del amplio y mudable escenario de la naturaleza, los autores de todas las

desventuras y tribulaciones personales y calamidades domésticas y públicas. El hombre primitivo, como entre nosotros el supersticioso, vive, pues, en perpetuo recelo, ya que en todo momento se siente perseguido y dominado. Por tales motivos, de vez en cuando, primitivos y salvajes realizan una desinfección general de espíritus que reviste el entero aspecto de una cacería, expulsión o matanza, y en ella interviene el vecindario en masa—indignado por sus malicias y trapazas—golpeando como locos frenéticos las paredes de sus cabañas, el suelo y el aire mismo, desde el centro del poblado a las afueras.

La enfermedad no es sino la posesión del doliente por un espíritu malvado...; así entre los dieri, australianos, son los médicos los únicos que están obligados a expulsar los demonios de una epidemia, barriendo el suelo con la cola de un canguro.

Los antiguos (griegos, germanos, galos) creían que las almas de cuantos habían muerto prematuramente (por muerte violenta, suicidio o ejecución), hasta llegarles la hora de su muerte natural y definitiva, vagaban en torno a los vivos, encocorándoles con su tenaz persecución y venganza. Pues que murieron igualmente por azar y en tiempo prematuro, es lógico infundan temores semejantes las mujeres fallecidas con ocasión del parto. Y en todas partes, la especialidad de sus almas desventuradas y vengadoras es la de malograr los partos de las demás. A este grupo pertenecen los *churel*, de la India; los *tanaua*, de las islas Marquesas; los *sauns*, de los Katchins; la *labartn*, feroz demonio que rugía como el león y aullaba como el chacal de Babilonia; la *cioapipiltis*, de los aztecas, y otros muchos que harían la lista interminable.

¿Cómo defenderse del maleficio que sobre las parturientas y su prole ejercen implacables—sin piedad ni tregua—estos espíritus astutos y perversos? Lo primero es defender la madre de las asechanzas de los malos; después vendrá el interés por los hijos, el sacrificio y redención de la infancia.

Sobornar a los espíritus es la primera idea defensiva que surge en la mente elemental de la embarazada salvaje, multiplicando y refinando sus ofrendas para tenerles contentos y

propicios. También estima de no menor eficacia desfigurarse el rostro, tiznarse la cara para que los espíritus no puedan reconocerla. Y entre los kirguises el marido, sin miramiento alguno al estado de su mujer encinta, la festeja con una paliza para que escapen los espíritus malignos, inquilinos presuntos de su cuerpo. Los tabús alimenticios, la costumbre de numerosos pueblos de erigir cabañas especiales para las puérperas o evitar que en el acto del parto impriman en el suelo la huella de sus pies para impedir que los espíritus se orienten por la impronta de sus pisadas, son otros tantos recursos de que el alma primigenia de los salvajes se sirve para engañar y despistar al espíritu maligno en sus pesquisas y trabajos. Contrarrestar y anular el maleficio con ayudas mágicas a la parturienta en riesgo de muerte mediante amuletos y talismanes—como la piedra santa que llevaba siempre consigo el rey Carlos V de Francia, pues tenía la virtud de favorecer el parto de las reinas de Francia—, es otro de los más acreditados remedios.

La covada, el totemismo—por nosotros ya comentado en otra ocasión y con motivo de un libro anterior del autor—, atribuyendo el parto a seres animados o inanimados, siempre con el propósito de engañar los espíritus astutos y evitar que caigan sobre la verdadera madre amenazas, así como el bautismo, ya por el agua, ya por el fuego, los propios alumbramientos extranaturales por vírgenes madres, soslayando el camino vulgar del pecado, que es causa principal de la irritación de los espíritus, son otros tantos ejemplos en apoyo de la tesis defendida por el autor.

La concepción sin obra de varón y el parto milagroso sin quebranto de la virginidad aparecen ya en las más viejas culturas. En China «todo hombre, al nacer—dice Hosori—, desgarra el seno de su madre y le causa los más vivos dolores. Kiang-yuen dió a luz su hijo sin desgarro, lesión ni dolor, porque el Tien quiso ostentar su poder y mostrar en cuánto se diferencia el santo de los hombres». Pero es curioso advertir que, alejándose del sexo, hubieron de abrir al nacimiento puertas en los costados, en los muslos, en la cabeza de la ma-

dre, por donde jamás se dió a luz ninguna criatura. Autores chinos son los que sostienen que Yu, el grande, surgió del pecho de su madre; Sie, apareció por la espalda; Lao-Tsé, salió por el costado izquierdo; She-Kia se decidió por el derecho.

El mito de la virgen madre es común a numerosas religiones y mitologías. Jacolliot, que ha estudiado esta interesante cuestión, encierra en su *Historia de las Vírgenes*, las leyendas de Nari, la virgen india; Muth-Isis, la virgen egipcia; Astaroth, la diosa de los sidonios, la misma que, entre otras, siguió Salomón cuando sus mujeres extranjeras torcieron su corazón y se dieron maña para inclinarlo tras dioses ajenos *; Astarté, la siria; Afrodita Anadiomena, la griega; Vesta, la romana; Luonnotar, la ural-altaica de Finlandia; Herta, la virgen de los germanos; Dea, de los galos; Ina, la virgen madre oceánica e Iza, la virgen madre japonesa.

Los andamanes, negritos de Filipinas, pigmeos y bosquimanos son, en opinión de nuestro autor, los representantes de la mínima cultura que ha llegado hasta nosotros, y se distinguen por la dulzura de las costumbres. Ignoran la riña y el homicidio; no son antropófagos, ni cazadores de hombres; ni hacen esclavos, ni sacrificios sangrientos a sus dioses. No practican el aborto y es menester subir algunos peldaños de la civilización para encontrarle practicado en gran escala.

No es fácil hallar una explicación satisfactoria a las prácticas abortivas, al menos en cuanto a los pueblos primitivos se refiere. Entre ambos intermedios, afirma Casas, es menester buscar los orígenes del aborto criminal, sin que sea necesario agravar la fisonomía moral de los salvajes, porque el aborto no es para ellos, ni tampoco para nuestras pseudo-vírgenes, otra cosa que un medio de sobreseer el proceso que la matriz instruye, en el cual podría recaer un fallo condenatorio de los espíritus malvados o de la opinión pública; del mismo modo temen a los primeros las gentes sin civilizar que a la segunda los que, no siempre con justicia, llamamos civilizados. Con la

* 1.° Reyes, cap. XI, vers. 4-5 y 33.

muerte y supresión del feto se hace desaparecer la única pieza de convicción del pecado merecedor del condigno castigo.

Respecto del intanticidio, si en las sociedades modernas el niño tiene pleno derecho a la vida y la ley y la costumbre de consuno lo amparan y protegen, en los albores de las civilizaciones y en los orígenes de la vida social, cuando todavía las sociedades humanas no han gustado de las gratas penumbras, se negaba al instante el derecho a su propia existencia.

Algunos dioses de la mitología griega son infanticidas. Uranos hunde a sus hijos en las terrestres entrañas; Cronos los devora implacable—y es labor a que no ha renunciado todavía—; Laios, el rey de Tebas, mata al hijo que había tenido con Yocasta, y a Perseo lo lanza al mar su colérico abuelo Acrisios.

Los indígenas de las islas Tahiti, Marianas, Marquesas, Marshall, Sandwich, etc., acostumbran a respetar la vida de los tres primeros, hijos y a partir del cuarto la propia madre los estrangula. Si alguna, enternecida, queda extraña a este deber social, después de sufrir el dictado, allí infamante, de «paridora de hijos», ya no es admitida en sociedad.

De modo inverso proceden en otras islas: sacrifican los tres primeros hijos y respetan la vida a los siguientes.

En Beluchistán ahogan en leche a las niñas recién nacidas y entre los Todas de la India no se conserva sino la vida de la mayor; se dice que por ser poliándricos y asegurar de esta manera la habitual pluralidad de los maridos. A este propósito nos parece oportuno recordar lo que ya es sabido acerca del concepto y modos del matrimonio y de la familia en la India. La familia en la península indostánica consiste primero en una mujer adulta, verdadero centro y nexo familiar; después, en su prole, que antes es de ella que del varón y, últimamente, en el hombre u hombres que está o están autorizados por la sociedad para ejercer sobre la mujer los derechos maritales. Si únicamente un hombre está autorizado para ser marido de la mujer, la familia es monándrica, pero es poliándrica si más de un hombre está autorizado para tener con ella relaciones marita-

les. Hay dos formas entre los grupos poliándricos: una, llamada poliandria fraterna, en que los maridos son necesariamente hermanos (ya carnales, ya hermanos de clan, del mismo clan y de la misma generación), y otra, llamada general, en la que los maridos no están necesariamente emparentados. Los Todas (Madrás, cerros de Nilgiri) practican la poliandria en ambas formas, pero la general es muy rara. La poliandria acaso se ha instituído por libertar a las clases guerreras de los lazos y cuidados familiares.

El infanticidio es muchas veces expresión del derecho que en los primeros tiempos se arrogaba el padre de ofrecer la vida de su hijo por salvar la suya amenazada. Hablando de los peruanos precolombinos, decía Polo: «Si los hechiceros o sortilegios por sus suertes o agüeros afirmaban que habia de morir algún enfermo, no dudaban de matar su propio hijo».

Hasta mediados de la Edad Media duraron los sacrificios humanos en Escandinavia, y un rey de Upsala, atento al egoísmo de prolongar su vida, sacrificó sucesivamente a sus nueve hijos. En Palestina, y en la tierra santa de Gezer, territorio de la tribu de Dan, se ha encontrado un cementerio de recién nacidos, alojados en vasijas de barro, desventurados primogénitos sacrificados a una divinidad, tributo a la muerte para aplacar sus rigores con la intención de liberar la restante progenitura. Este viejo rito sirio-palestino consistente en ofrendar la vida del primogénito, con que adquiere el infanticidio su valor intencional de redención, se practicaba también en Cartago en el santuario de Tanit. Y la misma ley mosaica ordenaba taxativamente la consagración de todas las primicias al Señor, porque el Eterno, con motivo de la salida de Egipto, dijo a Moisés (Exodo, 12,2): «Santifícame todo primogénito cualquiera que abre matriz entre los hijos de Israel, así de los hombres como de los animales (porque): mío es», y en el vers. 12: «Harás pasar a Jehová todo lo que abriese la matriz, asimismo todo primerizo que abriera la matriz de tus animales: los machos serán de Jehová», y más adelante, en el 13, añade y aclara: «Más todo primogénito de asno redimirás

con un cordero; y si no le redimieres, le degollarás; asimismo redimirás todo primogénito de tus hijos» *. Sólo la Biblia es capaz de conservar y transmitirnos el sabor y la gracia de estas viejas resonancias. Semejante sacrificio de los primogénitos era también común al Nuevo Continente, y el inca Garcilaso de la Vega nos ha dejado la descripción del sangriento sacrificio de un primogénito, inmolado con lujosa clava, ante un cacique de la Florida (América del Norte). Es, pues, fenómeno que nace y prospera en todos los suelos y climas.

Más tarde, según Campbell Thomson, al abolir los semitas la costumbre de inmolar al primogénito y comérselo en un banquete ceremonial y sagrado, sustituyen el infanticidio por el sacrificio de un primogénito animal. Entonces, y con ocasión de la pascua, cada familia come un cordero y tiñe con la sangre del sacrificado el dintel de la puerta. Isaac, conmutado por un cordero en el momento mismo en que su padre, el patriarca Abraham, decidido a ofrecerlo en holocausto, levantaba el cuchillo para degollarlo, personifica y estampa el recuerdo de esta evolución. Y en una lejana y alquitarada depuración, la hostia—esto es, la víctima—, en un sacrificio incruento, simboliza y conmemora la inmolación del hijo unigénito, fruto bendito del vientre de una virgen que con caridad y amor supremos asume todos los pecados del mundo.

La imaginación se serena y aclara en fuerza y nos redime de expulsar lentamente y por extrañas vías los fantasmas temerosos que primitivamente la ensombrecieron. La circuncisión judaica—a los ocho días de nacido el varón—, que parece tener sus orígenes en un pasaje harto discutido del Exodo (vers. 24-26 de su cap. IV), se considera como un simulacro del antiguo sacrificio del niño, ceremonia representativa en sustitución del sacrificio real del infante. Regresando Moisés a Egipto, acompañado de su esposa Séphora y de su hijo, para ponerse al frente de los israelitas, se le apareció Jehová y quiso matarlo por haberle venido rehusando el sacrificio de

* Traducción de Cipriano de Valera (1602), corrección, a su vez, de la del morisco granadino Fr. Casiodoro de Reina. (Basilea, 1569.)

su primogénito. Séphora, la madre, asustada por las amenazas, con un pedernal afilado cortó el prepucio de la amada criatura, ensangrentando el suelo.

La última y tercera parte del libro de Casas es tan rica en contenido de hechos y sugestiones como las dos primeras. Titulada «El interés por los hijos», se ocupa de la eugenesia, del malthusianismo, del determinismo del sexo, de la defensa de los recién nacidos contra los espíritus malignos y el mal de ojo, de la agregación del recién nacido a la familia y a la sociedad, de la agregación religiosa, entre otras muchas cuestiones pertinentes, en cuyo pormenor, a pesar de su interés, no podemos detenernos.

Enrique Casas se mantiene fiel a sus iniciales propósitos, desde el comienzo, con el libro *La covada y el origen del totemismo*, prolongados después en los demás que en estas mismas páginas fueron a su tiempo comentados *. Esta última obra acerca de las creencias, costumbres y supersticiones relacionadas con el nacimiento es tan densa en hechos etnológicos registrados como sus hermanas, y en ella, el autor ha atendido con más cuidado a su ordenamiento interior, a la solidez de su íntima trabazón.—*JUAN DANTÍN CERECEDA.*

Un falso balance del arte nuevo

HAY un linaje de espíritus críticos empeñados en vivir perpetuamente traicionando las normas que debieran ser inviolables para quienes pretenden esclarecer las obras ajenas. Obstínanse en desconocer la obra en sí, desdeñan todo

* Véanse: REVISTA DE OCCIDENTE, año III, número XXX, páginas 375-380, diciembre, 1925, sobre *La covada y el origen del totemismo;* REVISTA DE OCCIDENTE, año V, número XLIX, páginas 105-110, julio, 1927, sobre *Las ceremonias nupciales,* y REVISTA DE OCCIDENTE, año VIII, núm. LXXXVI, páginas 256-263, sobre *El origen del pudor.*

mínimo escrúpulo de objetividad y no reparan en falsear con la máscara de sus preferencias sectarias el verídico y riguroso rostro de las cosas, con tal de imponernos su imagen trocada.

Aplicado a las ideas o la literatura, este sistema capcioso y falaz es siempre lamentable; pero donde sus consecuencias resultan más nocivas es en el campo de las artes plásticas.

Aquí las cosas son fatalmente como son—no como debieran ser o como querríamos que fuesen. Y se producen, diríamos, con una evidencia física inmodificable, con una especie de relieve tectónico que entra por los ojos y que no admite las desfiguraciones de la razón. Ante un cuadro, ante una escultura, ante una corriente artística nueva o un viraje insospechado de la sensibilidad, que anula un estado anterior y viene a quebrar la línea de una teoría o de un sistema—por muy elaborado que esté con trazas de infalible—, no cabe disfrazar su intención ni torcer sofísticamente sus interpretaciones. Resulta inútil pretender encerrar la poderosa realidad de la obra díscola en unas fórmulas trazadas de antemano. Es pueril querer aprisionar en las celdillas carcelarias de un sistema cuadriculado la vasta e indomeñable fluencia del espíritu creador, que no se cura de pautas dictadas por los racionalistas y procede a sesgos o por saltos, rompiendo las trayectorias previstas.

Por consiguiente, se hace ya necesario denunciar ciertas falsificaciones de la crítica apriorística en el terreno que menos las admite, en la pintura, y señalar netamente, con el índice de las acusaciones, a esa especie de impostores que cultivan tal sistema. Crítico de esta índole hay—aludamos al más representativo—que en un libro sobre el más famoso pintor del día—Picasso—no ha vacilado en amañar y contrahacer las más genuinas esencias de su obra y los caracteres inalienables del artista a fin de utilizarlo como un argumento a su favor. A fin de presentárnoslo como un pintor italiano que se da la mano con Leonardo, que no tiene nada de español, que no tiene nada de moderno y está fatalmente situado en la línea Rafael-Ingres-Poussin, sin conexión alguna con el espíritu y las maneras postimpresionistas que han enriquecido la pintura